

Abre tu libro eterno, alta maestra,
Naturaleza; sírveme de guía,
Dejándome sus páginas hermosas
Libre leer de intérpretes y glosas.

Pero donde el Padre Blanco García se extrema más en alabanza de Maury, sin distingos ya ni restricciones, es en el valer de la *Espagne poetique*, «antología sin precedente y que casi por primera vez demostraba á nuestros desdeñosos vecinos las riquezas del parnaso español.» Y luego añade el Padre: «Los grandes poetas de nuestro siglo de oro tuvieron en Maury un intérprete muy libre, pero elegantísimo, que procuró conservar en la traducción toda la energía y todas las excelencias del original, mereciendo por su pericia en el manejo de la versificación francesa los elogios del *Journal des Debats* y de algunas revistas literarias.»

Don José Somoza fue un filósofo práctico lleno de sencilla y espontánea originalidad. Se diría que las mejores ideas y los más nobles sentimientos del siglo XVIII habían penetrado y tomado asiento en su alma, filtrándose antes para purificarse y desechar toda violencia revolucionaria y todo antireligioso prurito. Su amor á la paz, su pura y nada fingida filantropía, su absoluta carencia de ambición y de codicia y la afectuosa complacencia con que vivía en la soledad y se deleiteaba admirando la natural hermosura de las cosas, hubieran debido hacer

de él un egregio poeta si hubiera desdeñado menos la fama y si hubiera cultivado con mayor perseverancia y ahinco sus propias facultades.

En algunas breves narraciones en prosa, que nos ha dejado y donde habla de sí con la sinceridad más clara y más evidente, se ve mejor que en sus versos, desaliñados á veces, lo mucho que Somoza valia. Bien lo reconoce Quintana, grande amigo suyo y de su familia, al decir de él cuando le dedica el cuarto tomo de sus *poesias selectas*. «Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada: que cultiva las Musas y la filosofía con ardor y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaría, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.»

Este hidalgo campesino, contemplativo y pacífico de quien tales elogios hace Quintana, fué en su niñez y en su primera mocedad muy travieso y alborotado. Después se modificó y corrigió hasta el punto de poder competir por lo bondadoso con el caballero del verde gabán tal como Cervantes le describe.

Nació Somoza en Piedrahita, provincia de Avila, el 29 de Octubre de 1781.

En los primeros años de su vida, según ya hemos dicho, no quiso estudiar á pesar del ayo y de los buenos maestros que le dió su padre, ni quiso tampoco seguir carrera alguna ni tomar estado. En algo de esto persistió hasta el fin de su vida. No consintió en ser clérigo, ni se casó, ni aceptó ni ejerció empleo público, salvo cuando por compromiso y por ineludible deber se consideró obligado á aceptarle y ejercerle. Así fué procurador á Cortes en 1834, diputado constituyente en 1836, y antes en 1820 y por brevísimo plazo, jefe político de Avila, cargo de que logró le exonerasen á fuerza de reiteradas dimisiones.

Durante la guerra de la Independencia, lleno Somoza del más ferviente patriotismo tomó las armas contra los franceses. El general, padre del famoso poeta Victor Hugo, ante quien le trajeron preso y herido en un muslo le puso en libertad exigiéndole no tomar parte en adelante en ningún movimiento subversivo.

A pesar de la vida retirada que Somoza hacía fué varias veces blanco de las persecuciones del gobierno absoluto de Fernando VII. Los franceses, contra quienes había tomado las armas le dejaron vivir en paz, pero no le dejaron vivir siempre en paz los absolutistas. Somoza consiguió, no obstante, realizar con cortas interrupciones, el modo de vivir de que él gustaba. Cuidando primero de su hermano mayor enfermo

y al lado después de su hermana viuda, en Piedrahita, en el mismo cuarto en que había nacido y en la casa solariega de su padre y de sus mayores, terminó su existencia el día 4 de Octubre de 1852, poco antes de cumplir los setenta y un años.

Fué Somoza discípulo de Meléndez Valdés, grande amigo de D. Agustín Argüelles, á quien dedicó un entusiasta soneto, y muy devoto admirador de la gentil y graciosa doña María Teresa de Silva, Duquesa de Alba, de quien refiere con afectuoso esmero una anécdota interesante ocurrida cuando la Duquesa recién casada se hallaba en su palacio de Piedrahita.

Los versos de Somoza, que en nuestra colección insertamos no bastan á caracterizarle, como sería de desear, pero son de los más cuidados y lindos que compuso.

La *Sed de agua* se parece por el asunto al idilio de Teócrito titulado *Oaristys*, que con fidelidad y acierto han traducido á nuestra lengua Menéndez y Pelayo, y Andres Chenier á la lengua francesa. La *Sed de agua* no es, sin embargo, una imitación de la poesía griega, sino que tiene todo el carácter de lo popular y castizo. La coincidencia no es imitación. El idilio de Teócrito, lo mismo que las redondillas de Somoza, refieren un lance natural, deleitable y que si no muy frecuente, no hubo de ser raro ni entre los campesinos de las cercanías de Siracusa, siglos antes de Cristo, ni en las montañas de la provincia de Avila á fines del siglo XVIII ó principios del XIX.

Las redondillas de Somoza no tienen acaso la sobria sencillez del *Oaristys*, pero en cambio hay en ellas una picante y chistosa malicia que proviene de los equívocos á que se prestan el cántaro, la sed y el agua, haciendo en extremo agradable la lectura de las redondillas.

El *Romance gitanesco*, por último, está primorosamente escrito y es muy sentido y muy amoroso de verdad. Algún antecedente tiene en la antigua poesía castellana: por ejemplo, en los romances de germania y en las jácaras de Quevedo; pero en el *Romance gitanesco* hay originalidad y novedad sin que nada parecido acuda á la memoria al leerle. Ni se parece mucho tampoco á las poesías andaluzas de D. Tomás Rodríguez Rubí, que sin duda tienen mérito, aunque muy distinto, ni menos á los muchísimos versos andaluces también y sentimentales que después se han escrito con demasiada abundancia, sobre todo en sainetes y zarzuelas y en los que suele haber no poco de amanerado y empalagoso, por el empeño de ser tiernos ó sublimes.

Don Francisco Martínez de la Rosa hace papel tan importante en la historia política de nuestra nación, que no es posible escribir su vida ni aun en breve compendio, sin llenar muchas páginas. Limitémonos nosotros á decir algo de él como poeta y como literato.

Nació en Granada en 1789. Aficionado á la poesía y á los estudios de humanidades, empezó á dar muestra de sí desde su primera mocedad, escribiendo en prosa y en verso.

Quiso ser poeta satírico ó mejor diremos festivo, y compuso, bajo el título de *El cementerio de Momo*, varios jocosos epitafios, que fueron muy gustados y celebrados. Si yo no recuerdo mal hubo de inspirarle la idea de tal linaje de epitafios, un poeta de Venecia de la ilustre familia de los Loredanos, el cual también los compuso. Como quiera que ello fuese, Martínez de la Rosa, indulgente, cándido y benigno en extremo, no habia nacido para la sátira y pronto dejó de cultivarla.

Siguiendo el partido patriótico contra los invasores franceses, se refugió en Cádiz durante el cerco. Liberal entonces, más liberal que en épocas posteriores, se distinguió escribiendo la *Defensa de Zaragoza* y *La viuda de Padilla*. Su popularidad le valió ser diputado en las últimas Cortes de Cádiz.

Restaurado en su trono el Rey Fernando VII, que gustaba tan poco del liberalismo, Martínez de la Rosa fué confinado en el Peñón de la Gómera, donde pasó algunos años, es de suponer que poco agradablemente.

Muy moderado y juicioso en sus opiniones políticas, sus servicios á la causa liberal y sus padecimientos, aunque fueron reconocidos y premiados desde el año de 1820 á 1823, no lo fueron sin contradicción y sin protesta, pues ya

entonces Martínez de la Rosa se vió tildado de retrógrado y de *pastelero*.

La reacción, triunfante de nuevo gracias á los cien mil hijos de San Luis, no hubo de tener muy en cuenta la mencionada *pastelería*, y receloso el poeta de que el gobierno absolutista le hiciese purgar por segunda vez sus pecados enviándole á un presidio de Africa, emigró á París, en donde permaneció hasta el año de 1831, dedicado al cultivo de las letras.

Fruto de su actividad como dramaturgo fueron *La niña en casa y la madre en la máscara*, *Los celos infundados ó el marido en la chimenea*, y *La boda y el duelo*, comedias por el estilo de las de Moratín, aunque con menos poder de observación y de habilidad para representar caracteres y pasiones. Por la tersura, corrección y elegancia fué Martínez de la Rosa, como poeta cómico, superior al mejicano Gorostiza; pero éste le superó en chistes y desenfado. Ambos quedaron eclipsados y vencidos más tarde por el genial y fecundo Bretón de los Herreros.

En París, en 1827, Martínez de la Rosa dió á la estampa su célebre y juiciosa *Arte poética* que puede calificarse de atrasada, aunque en realidad no debiéramos conceder que haya en literatura adelantos y progresos. En dicha *Arte poética*, no obstante, apenas se nota indicio de que su autor conociese algo de cuanto ya habían escrito Lessing, ambos Schlegel, Manzoni y otros, para romper las trabas del pseudo-clasicismo francés y para derogar sus arbitrarios preceptos. Con

timidez escrupulosa el autor sostiene, por ejemplo, las unidades de tiempo y de lugar mostrándose más severo que Luzan mismo aunque deseoso de parecer conciliador, procura extender el tiempo de la acción á poco más de un día y casi permite á sus personajes dramáticos que no se queden encerrados en la misma estancia y que se paseen y aparezcan en otras habitaciones ó dependencias de la misma casa ó palacio.

No contento Martínez de la Rosa con escribir su *Arte poética*, ilustrada con discretísimas notas, bastante eruditas para lo que entonces de nuestra amena literatura generalmente se sabía, hizo de la Epístola á los Pisones, la mejor traducción en verso que, según la autorizada opinión del Sr. Menéndez y Pelayo, hay en lengua castellana. Influidó más tarde Martínez de la Rosa, residiendo aun en París, por la aparición y triunfo del romanticismo con la representación del *Hernani*, y tal vez, por las doctrinas de la flamante escuela expuestas por Victor Hugo, en el prólogo de su *Cromwel*, hubo de convertirse en romántico, aunque siempre muy moderado y del justo medio como lo fué en todo. Dieron muestras de su romanticismo el drama *Aben-Humeya*, escrito en francés y representado con buen éxito en el teatro de la Porte-Saint-Martin, y luego *La conjuración de Venecia* que hemos oído y aplaudido con frecuencia en la escena española.

A tales merecimientos de autor dramático hay que añadir el mucho más importante y honroso de haber escrito la tragedia *Edipo*, acercándose

más en ella á la sencilla majestad de Sófocles que al refinado artificio de la moderna escuela clásica á la francesa.

La importancia y el encumbramiento políticos de Martínez de la Rosa llegan á su colmo desde el principio del reinado de Isabel II. Presidente entonces del Consejo de Ministros dió y planteó el estatuto real, especie de constitución otorgada, muy monárquica y aristocrática y celebró con Inglaterra, Francia y Portugal el tratado de la cuádruple alianza. Ocupó después, siempre que el partido más conservador estaba en el poder, los más elevados puestos oficiales. Volvió á ser Ministro y fué Presidente del Congreso y Embajador de España en Paris y en Roma. Durante esta su última Embajada, ocurrió la fuga de Pío IX, en la que intervino el primer Secretario de nuestra Embajada Sr. Arnao. El Papa se refugió en Gaeta. Después estuvo en Portici y en Caserta por último, hasta que vencidos los triunviros Mazini, Safi y Armelini y derrocada la república romana por los ejércitos coligados de Francia, Nápoles y España volvió el Padre Santo á la ciudad eterna. D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, era entonces Embajador de España en Nápoles, y tanto él como Martínez de la Rosa, influyeron no poco en la restauración de la soberanía temporal del Papa.

Martínez de la Rosa estuvo hospedado en el palacio donde el Duque de Rivas habitaba, y allí tuve yo el gusto de conocerle y de estimar su afable y bondadoso trato, pues aunque parezca

inmodesta asimilacion, me atrevo á decir, como al final de las *Geórgicas*:

*Illo Virgilium me tempore dulcis alebat
Parthenope*

Como no me incumbe exponer aquí con detención los ulteriores sucesos de la vida de Martínez de la Rosa como hombre de Estado, terminaré añadiendo que dicho ilustre y simpático personaje, cargado de honores y objeto de respetuosa estimación por la generalidad de la gente, murió en Madrid el 7 de Febrero de 1862.

Como escritor y orador político y filosófico menester es confesar que se distinguió poco por su profundidad. Distó mucho de parecerse á Maquiavelo ó á Vico. Su espíritu del siglo apenas tiene espíritu de ninguna clase. Sus discursos no son tampoco muy dignos de aprecio por las ideas que expresaban y revelaban; pero la meliflua elegancia con que eran pronunciados, la noble intención del orador y su sinceridad inocente, prestaban simpático hechizo á cuanto decía, logrando que siempre se le oyese con cariñoso respeto. Martínez de la Rosa tuvo en grado eminente la más esencial cualidad de orador de que habla Quintiliano; fué *vir bonus* á carta cabal. Y ya que han pasado muchos años lícito es afirmar que para canonizarle por santo no se halla otro inconveniente ó tropiezo que el de su excesiva ternura por el eterno y aun temporal *femenino*.

Cierto es, sin embargo, aunque la tal calidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de enamorado se oponga, según mi poco autorizado y profano criterio, á la posible canonización, que dicha calidad, si no compensó, concedió algo por la pérdida de lo santo, creando para Martínez de la Rosa el estro lírico que dichosamente le aguijoneó el alma y le movió á escribir versos tan atildados, bonitos y amorosos como *La niña descolorida*, *El sátiro*, *El hilguero*, *El triunfo* y hasta *El recuerdo de la patria*, donde más tierna y afectuosamente que la patria se recuerdan las lindas zagalas por quienes en ella había sentido y tal vez logrado el poeta suaves amores.

No se infiere de lo expuesto que el amor á las mujeres fuese para el vate granadino la única fuente de inspiración. También en el amor de la libertad y de la patria las tuvo; pero, ni con mucho, tan abundantes y claras y con harta menos virtud para fertilizar los campos de la poesía y hacer nacer en ellos lozanas flores y sazonados frutos. Así, por ejemplo, nuestro poeta granadino se entusiasmó, como Byron, Lamartín y Espronceda, por la independencia de los griegos levantados en armas contra los turcos; pero su canto de guerra es vulgar y desmayado y apenas vale más que la letra del himno de Riego.

Martínez de la Rosa quiso también ser novelista, pero con su *Doña Isabel de Solís* no acertó á conquistar muchos laureles. Mil veces vale más y mil veces es más digno de aplauso en su preciosa é interesante narración histórica sobre

la vida de Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas.

Añadiré por último que Martínez de la Rosa, muy considerado como poeta, crítico, historiador y orador, perteneció á varias asociaciones literarias y fué durante años y hasta su muerte director de la Real Academia Española.

Don Manuel María de Arjona erudito escritor y elegante y culto poeta, fué uno de los principales fundadores de la nueva escuela sevillana.

Nació en Osuna el 12 de Junio de 1771. Siguió la carrera eclesiástica y llegó á ser por oposición canónigo penitenciario en la catedral de Córdoba. Familiar antes y muy valido del Arzobispo de Sevilla D. Antonio Despuigs, pasó algún tiempo en Roma acompañando á este prelado.

Como Arjona era hombre muy estudioso, adquirió no vulgares conocimientos en letras humanas, supo muy bien latín y algo de griego y mereció no infundada reputación de teólogo y jurisconsulto. Sus obras en prosa, inéditas las más, merecen ser coleccionadas y publicadas, según afirman los sujetos inteligentes que las han leído.

Muy poco de memorable contiene la historia de su vida escrita por el cordobés D. Luis Ramírez de las Casas Deza é inserta en el tomo LXXIII de la biblioteca de autores españoles de Rivadeneira. Como no pocos otros varones que no

fueron de armas tomar ni se refugiaron en Cádiz, Arjona tuvo que contemporizar, que someterse y hasta que adular en ocasiones á los generales y á las autoridades de José Bonaparte, por más que en el fondo de su alma fuese muy patriota y no gustase de los invasores. Éstos, no obstante, le confiaron algunos empleos y comisiones, entre las cuales, tuvo una que no pudo menos de ser grata á persona tan amante de la ilustración y del progreso. Arjona cuidó de realizar en Córdoba la supresión de la inquisición, entregando á las llamas no pocos documentos insulsos del archivo de aquel Tribunal que le parecieron inútiles, y conservando los que en su sentir importaban á la historia literaria ó política de nuestro pueblo.

Como no pocas otras personas de mérito, Arjona, cuando Fernando VII fué restaurado y recobró su poder absoluto, padeció persecución, por afrancesado y acaso también por liberal, pero como era hombre afable, bondadoso y caritativo, cuyo mismo *afrancesamiento* había valido para hacer favores y proteger y amparar á los patriotas, la persecución cesó pronto por lo bienquisto que estaba el objeto de ella.

Sin duda era Arjona hombre de muy afable y ameno trato, de carácter flexible, que se acomodaba hábilmente á las circunstancias y sabía ganarse las voluntades, ya que, así como había obtenido favor con los invasores franceses, le obtuvo también y hasta gozó cierto grado de privanza con el rey Fernando, quien por los

años de 1818 solía llamarle á su palacio para conversar con él y consultarle. Pero aquí viene bien aquello de Fedro:

Nunquam est fidelis cum potente societas.

Algún chiste ó burla hubo de escapársele á Arjona contra uno de los ministros del rey. El rey, probablemente para fastidiar á su ministro, le contó el chiste ó la burla. El ministro entonces, furiosamente resentido logró que Arjona perdiese el favor que había alcanzado y que se le expulsase de Madrid.

En 1820, triunfante de nuevo el liberalismo, Arjona mostrándose todo lo liberal que era compuso una memoria sobre las *Necesidades de España que deben remediarse en las próximas Cortes*; volvió luego á Madrid, pero no pudo, por desgracia, ver discutidos y aplicados los remedios que proponía. El 25 de Julio de 1820, murió en dicha villa de Madrid, á los cuarenta y nueve años de su edad.

Sus poesías líricas son muy estimables por la pulcritud, sobriedad y buen gusto conque las más de ellas están escritas. En algunas, y singularmente en la titulada *La diosa del bosque* llega á mostrar Arjona alta y verdadera inspiración y algo de original y de nuevo así en la forma como en el fondo.

La combinación métrica de *La diosa del bosque* fué por Arjona la primera vez empleada, siéndolo más tarde por los poetas románticos con bastante frecuencia.

Como idea y como sentimiento hay en *La diosa del bosque* no escaso valor. La criatura sobrenatural que al poeta se le aparece no es figura mitológica ni insustancial alegoría, sino tiene ser propio, algo de sustantivo y viviente, dentro de su misma sublime vaguedad etérea. Compárese *La diosa del bosque* á los tan justamente celebrados versos de Schiller *Das mädchen aus der Fremde*, cuyo asunto es muy parecido, y se verá que la composición de Arjona en nada es inferior á la del gran poeta de Alemania.

Don Félix José Reinoso es uno de los más notables hombres de letras de la segunda escuela sevillana: digno compañero de Roldán, de Arjona y de Lista. Sacerdote como ellos, el estudio de las humanidades y una esmerada cultura le valieron para ser pulcro y elegante poeta. Persona en extremo juiciosa no puede decirse que se entusiasmase en demasia por ningún bando, opinión ó idea. La sensatez excluyó de su alma toda pasión violenta, tumultuosa ó muy ferviente. En los tiempos tan revueltos en que vivió no pudo menos de mostrar su templanza y su prudencia, haciendo equilibrios, buscando firme asidero para que ninguna corriente le arrastrase y procurando evitar el escándalo ó el peligro de atrevidas novedades. No fué, pues, Reinoso ni muy liberal ni muy servil, ni vehemente patriota aborrecedor de los

franceses, ni tampoco decididamente afrancesado. Su serena y clara inteligencia y su inclinación á la tranquilidad y al orden le llevaron siempre á lo que podemos llamar el justo medio, con lo cual tal vez es harto difícil ó punto menos que imposible componer versos que conmuevan, exalten ó arrebatan á quien los lea ó los oiga. Pero, con alguna imaginación, con buen gusto y con arte exquisito, no imitando como quien copia, sino teniendo presentes los buenos modelos para tratar de igualarlos y hasta de superarlos, bien puede una persona docta conocedora de los clásicos latinos, de no pocos modernos de los que florecieron en tierras extrañas y de los propios de su país y de su lengua escribir atildados y lindísimos versos que siempre se lean con apacible y sosegado deleite por cuantos saben estimar y amar toda artística hermosura. En este sentido debemos llamar poeta á Reinoso y hasta colocarle entre los que más encomio merecen.

En sus odas religiosas, así como en el poema *La inocencia perdida*, tal vez nadie descubra la fe viva y la ardiente devoción del cristiano, pero el saber del humanista, del buen teólogo y del varón muy versado en las Sagradas Escrituras, así como el talento, el primor y el esmero del artista en lenguaje, estilo y versificación, hacen muy agradables de leer todas las mencionadas obras. En *La inocencia perdida* tal vez no haya ninguno de los vuelos atrevidísimos de Milton, pero no hay tampoco las extravagancias de que no faltan irrespetuosos críticos que acusen al

épico inglés y más aún á su predecesor y, hasta cierto punto su modelo el Padre jesuíta Jacobo Masenio, autor de la *Sarcotea*. Claro está, no obstante, que Reinoso, lo mismo que Masenio y que Milton, tiene que tocar y toca en un escollo, inevitable, en mí sentir, para quien trata asuntos de esta clase. Nuestra religión es tan espiritual y tan metafísica, da idea tan alta de Dios y de los inefables misterios de su poder, de su esencia y de su gloria que cuanto de ello se expresa por medio de imágenes resulta sobradamente material y antropomórfico. El Padre Eterno y su Hijo el Verbo increado, conversando en el Cielo, no como personas distintas, aunque apenas comprensibles en su distinción á la débil razón-humana, sino como personas de muy diverso modo distintas, según en este bajo mundo se usan, me parece que rebajan el sublime concepto que de la divinidad nos formamos y propenden á prestar á la Corte celestial alguna semejanza con el material y primitivo Olimpo de los griegos.

Harto se comprende, en vista de lo que dejo expuesto, por qué he preferido coleccionar como muestra del ingenio poético de Reinoso, no algunas de sus poesías sagradas, sino su profana composición en alabanza de las Bellas Artes. En tales versos, el entendimiento sereno y filosófico del poeta se aviene mejor con la viveza de la fantasía sin disonantes contradicciones.

Poco debo yo decir sobre la vida de Reinoso, escrita por extenso por su apasionado y discreto

admirador D. Antonio Martín Villa, y puesta al frente de las obras del mismo Reinoso, publicadas por la Sociedad de bibliófilos andaluces.

Nació Reinoso en Sevilla el 20 de Noviembre de 1772. Murió en Madrid el 28 de Abril de 1841.

La reputación que había ganado de elegantísimo prosista y de muy docto en teología, política y jurisprudencia, le granjeó la amistad y la protección de no pocos personajes, influyentes ó poderosos, entre los que principalmente conviene citar á D. Juan Gualberto González, á don Francisco Zea Bermúdez, y, más tarde, á Bravo Murillo y al Conde de Velle.

Durante el Ministerio de Zea Bermúdez, en que ocurrió la muerte de Fernando VII, Reinoso estuvo empleado por el presidente Zea, y á su pluma atribuye el precitado Martín Villa muy importantes documentos políticos y diplomáticos de aquel tiempo de transición en que pasó España, no sin larga y costosa guerra civil, desde la sumisión al poder absoluto de los reyes al nuevo régimen liberal y parlamentario.

Añadiré, por último, que, si bien Reinoso ha dejado muchos escritos en prosa, siempre será el más estimado de todos y el que le dió mayor fama su *Examen de los delitos de infidelidad á la patria imputados á los españoles sometidos bajo la dominación francesa*.

Don Alberto Lista de quien hemos tratado con alguna detención en el primer tomo

de esta obra, es, sin duda, el más importante individuo de la escuela literaria y poética, renacida en Sevilla á fines del siglo XVIII.

En la mencionada ciudad, ó más bien en su arrabal de Triana nació este varón ilustre el 15 de Octubre de 1775, y murió pocos días antes de cumplir 73 años, en la misma ciudad de Sevilla, el 5 de Octubre de 1848.

La alta estimación que obtuvo durante su vida y que después de su muerte persiste y se acrecienta, aunque la debió en parte á su talento poético, más la debió á su variada erudición en letras humanas, á su saber como matemático y sobre todo á su decidida vocación y rara aptitud para la enseñanza, á la que se dedicó con atinado esmero y éxito dichoso. Ya solo como profesor y ya también como Director de colegio instruyó y enseñó á la juventud en Sevilla, Bilbao, Madrid y Cádiz. En Madrid, dirigiendo el colegio de San Mateo logró tener muy brillantes discípulos que honraron y glorificaron después á su maestro, por quien todos sentían la constante y respetuosa amistad que su afable y ameno trato, sus sanos y paternales consejos y su bondadoso carácter les habían inspirado. Entre los más famosos discípulos de Lista, que tanto le amaban y que se complacían en ensalzarle, debemos recordar y citar á D. Mariano Roca de Togores, después Marqués de Molins, á D. Juan de la Pezuela, hoy Conde de Cheste, á D. José de Espronceda, á D. Ventura de la Vega, al limeño D. Felipe Pardo y al entendido y laborioso es-

critor D. Eugenio de Ochoa, el cual escribió á la muerte de Lista, un entusiasta elogio fúnebre de su querido maestro.

Los casos de la vida de éste son algo parecidos á los de la vida de Reinoso, su amigo y compañero, á quien Lista se parecía bastante por la rectitud de juicio, moderación y templanza en las opiniones y reposada y apacible índole.

En época tan revuelta y fecunda en trastornos, no eran tales condiciones muy apropiado para medrar; pero Lista, sacerdote desde la edad de 28 años y poco ó nada ambicioso, no aspiró nunca á muy alta posición ni á conseguir grandes bienes de fortuna, contentándose con la áurea medianía, tan encomiada por los prudentes y los sabios. Cuando la consiguió, se aquietó en ella y se deleitó poseyéndola, hasta que al morir si no pudo recitar para sí aquellos cuatro sentidos versos del romance *La cabaña* que dicen:

Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba,

pudo aplicarse los dos últimos versos y con dulce resignación, y aun con esperanzas ultramundanas ver y tocar el término de su vida terrestre.

Fué ésta, sin embargo, más agitada de lo que hubiera debido recelarse de su carácter dulce y reposado.

El gobierno absoluto de Fernando VII tuvo, sin duda, y cedió no pocas veces al prurito de perseguir y de vejar á los hombres que más se

distinguían por su saber y por su inteligencia. Lista, que se contaba en este número y era de los primeros, no se eximió de tales persecuciones. En ambos periodos absolutistas, de 1814 á 1820, y de 1823 á 1833, tuvo que pasar no pocos años emigrado y refugiado en Francia, ya porque le calificasen de afrancesado, ya porque le mirasen como partidario del liberalismo. El enojo que hubo de causarle su segunda forzosa expatriación inspiró á Lista sus versos *El emigrado de 1823*, que son los más enérgicos que dejó escritos y que pintan con tanta fidelidad y con tan negros colores la horrible situación de España bajo el yugo de un gobierno, subyugado á su vez por una plebe fanática é ignorante.

Tal vez al hablar de Lista, en el primer tomo de esta obra, escatimé algo las alabanzas que merece como poeta. Si incurri en dicha falta, no quiero ni debo avergonzarme del arrepentimiento y hasta de cantar la palinodia. Leídos y releídos atentamente todos los versos de Lista halló que son los mejores entre cuantos escribieron los vates de la escuela sevillana, desde que renació hasta el fin del reinado de Fernando VII. No valen lo que Lista ni Arjona, ni Blanco, ni Roldán, ni el mismo Reinoso, que es quien más se le acerca y con él compite. El acendrado buen gusto de Lista, la pureza de su lenguaje, la primorosa maestría de su estilo y la nitidez y el orden con que sabe expresar sus conceptos, como si su capacidad matemática marcara la dirección de sus raptos líricos en vez

de abandonarle, no son las únicas prendas ni las más excelentes que prestan á sus versos valer y hechizo. Sus versos, además, están inspirados por el hondo y amoroso sentimiento de la naturaleza y de toda su sensible hermosura, y están inspirados también, más que los de ningún otro poeta español de los siglos XVIII y XIX, por el fervor religioso y por el amor sincero y puro de cuanto enseña la verdad católica hondamente comprendida y aceptada por Lista, á pesar del sensualismo pedestre y rastrero que respiraban entonces ó que aprendían en las escuelas los que no eran creyentes con duro fanatismo, por conveniencia ó por ignorancia y rutina. Todas las composiciones sagradas de Lista muestran no menor saber teológico ni menos detenido estudio de las Sagradas Escrituras que las de nuestros buenos poetas del siglo XVI con superior elegancia, pulcritud y firmeza en la dicción, sin que pueda asegurarse que sea en ellas ó afectada ó tibia la devoción cristiana.

Por eso agradan y agradarán siempre en extremo y merecerán grande aplauso las composiciones á *La muerte de Jesús*, *La Concepción de Nuestra Señora* y *El Sacrificio de la Esposa* y *El cántico del Esposo*, donde imita el poeta el *Cantar de los Cantares*, interpretando gallardamente, como San Juan de la Cruz, su místico significado.

Lista enriqueció también nuestra literatura con algunas obras en prosa muy estimables. Escribió un tratado elemental de matemáticas, tradujo la historia universal del Conde de Segur